

# El Eco de Cartagena

## Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.  
Redacción, Mayor, 21.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 257.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Eorette, 14, rue Rouget-Lille; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.

+  
QUINTO ANIVERSARIO  
D. O. M.  
LA EXCELENTISIMA SEÑORA

**Doña Florentina Pedreño y Du de Aznar**

Falleció en 28 de Diciembre 1906, recibidos los Santos Sacramentos y la bendición de S. S.  
R. I. P.

En sufragio de su alma, estará la vela y alumbrado al Santísimo Sacramento, en la Consagrada Iglesia del Santo Hospital de Caridad el día 28 de los corrientes, siendo aplicadas por su eterno descanso todas las misas que en la misma iglesia se celebren de 8 á 12 y las de Emperatriz que tendrán lugar á las 10 de la noche.

Su esposo é hijos ruegan á sus amigos y personas piadosas se sirvan encomendarla á Dios Nuestro Señor.

Los Prelados de la diversa Diócesis de la nación tienen concedida indulgencia en la forma acostumbrada.

## Entreviú con D. Enrique...

Un modestísimo servidor de ustedes, carísimos lectores, vive en una modestísima casa de huéspedes, sita en una calle céntrica, de cuyo nombre no quiero acordarme. Es dueña de esta casa, donde toda incomodidad tiene su asiento, una patrona, *amplia*, regañona y mal humorada; una patrona clásica. Con nosotros vive un pequeño sobrino de esta hacendosa dama; Pepín. Pepín es un niño travieso, insolente, discoloro: el prototipo del niño malo. Pepín saca los ojos á los gatos, arranca las plumas de un canario que nos amenaza la existencia con sus trinos. Pepín sabe cantar como aquello de "ahí va el tío del gabán" cuando salimos de nuestro cuarto malhumorado y triste. Pepín entiende del gracioso arte de poner cuerdas y artificios ingeniosamente dispuestos para que tropecemos y... ¡claro! todos odiamos á Pepín á pesar de su *graciosa*, de su *inquietada* juventud.

Pues bien, todos los días, á todas horas, en todas ocasiones Pepín es reprendido, amonestado, azotado por su tía que constantemente en diversos

Yo he seguido, con el bolsillo lleno de bombones y cuartel, los menudos pasos de Pepín, una clara y fría mañana de Diciembre, pensando en la intervú precisa, necesaria para calmar mis nervios inquietos; y siguiendo sus pasos, he pisado los umbrales de la Escuela.

Yo he de manifestaros que, al salvar los umbrales de la escuela, de la *sagrada escuela*, me he descubierto respetuoso y emocionado. Perdonarme esta ligera expansión. Mi exotismo solo saluda con respeto dos cosas: la escuela y la bandera; ya veis qué mezclaban para... y sin embargo, en mi mente, se casan estas ideas; como quizás del mismo modo en el espíritu elevado de don Enrique se abrazan en íntimo abrazo la Política y la Pedagogía; diversas formas de sentimientos y sentimientos.

Es don Enrique un hombre recto, fuerte, de ancha frente; fúera barba, duras y salientes facciones; cuando mira á lo lejos entorna los ojos; cuando mira objetos cercanos, fija su vista con ajen espudriñador é intenso, mientras su mano aparta de la frente sus cabellos rebeldes; otras veces, nervioso é inconsonante, mesa sus barbas, como si al tacto buscáse en ellas, hilos de plata que arrojara al viento. Cuando discute, cuando razona, eleva su cabeza de apóstol mirando al cielo; golpea energicamente el pecho con la diestra, y enojado, habla de arte, diserta de pedagogía ó discute de política, eleva sus ideas y sus conceptos á la divina región de los divinos idealismos y... podrá ser que no os convenza, pero siempre, en todos los casos, en todos los momentos, os causa la impresión de un hombre sincero, de un hombre honrado.

Don Enrique me ha conducido por diversas dependencias de la Escuela; don Enrique me ha enseñado discretamente el grupo B; son púrvulos sencillos, casi analfabetos todavía, que penosamente, trabajosamente deletrean. Don Enrique, ha guiado, siempre afable al grupo D... Este grupo, este pequeño grupo, lo forman, lo constituyen, los predilectos, los discípulos amados de don Enrique.

Yo, embaucado perpetuo de estas observaciones pequeñas que estimo como el alma de las cosas, he reflexionado profundamente sobre estas pequeñas coincidencias; el grupo B y el grupo D. Las iniciales han excitado toda mi suspicacia siempre despierta y

he forjado mentalmente un símbolo. En este pequeño grupo D. hay seis niños; yo he convivido con ellos una hora y son mis amigos; yo he saboreado brevemente las delicias de su ámena charla y en mi perdura su recuerdo gratamente; aún retengo algunos de sus nombres, Manolito, Ricardo, Domingo, Luisito... Todos, me asegura Don Enrique, que son laboriosos, inteligentes, aplicados, ligeramente discolos, sin otra malicia que las infantiles travesuras de su edad. Yo he simpatizado sinceramente con los elegidos, con los predilectos de Don Enrique.

Hemos entrado en la catedral y don Enrique ha querido que juzgue mi modesta persona del grado de instrucción de sus discípulos. Don Enrique ha llamado á Ricardo que tiene aspecto inteligente y ligeramente hurano y receloso... Don Enrique ha pasado su ancha mano por la cabeza redonda del niño que es la palanca, Ricardo? ha preguntado Don Enrique. La palanca es; el niño ha quedado unos instantes perplejo; después ha dicho: toda barra rígida é inflexible; reténida por un punto fijo... Don Enrique le ha vuelto á interrogar sobre los distintos géneros de palanca; el niño ha contestado concretamente, fonográficamente. Don Enrique ha guiado, ha seguido las palabras del niño, con el gesto, con la vista, con el cuerpo... Ricardo ha vuelto á su sitio; ha encontrado un compañero apoderado de su asiento y á codazos ha mantenido su derecho con energía; inflexible, rígido, como la palanca que ha descrito fielmente á Don Enrique.

Don Enrique, he preguntado cortésmente, y por qué este grupo separado? por qué esta letra D? Don Enrique ha empezado á explicarme la idea, el concepto del por qué la base *pedagógica*. En esto ha llamado á don Enrique ocupaciones de Dirección, algo urgente; quizás algo político... algo extraño... Don Enrique ha salido y yo me he quedado solo en la sagrada catedral...

He querido inquirir de los niños; primero he repartido mis bombones y han hablado cosas interesantes, pintorescas; yo os contaré su curiosa charla...

Yo he quedado solo con los niños, que han comido con gusto mis bombones; después, he traído á mi lado á Manolito.

Manolito es un niño sano, un niño

dispuesto, ligeramente robusto, que me mira cariñosamente. Yo he interrogado á Manolito sobre las causas de su separación del grupo B. Manolito ha dicho: Allí en frente, su mano os señala el patio por una ventana por donde entra el Sol—y he de advertiros y perdonar otra vez este inciso, que por estas ventanas entra el Sol más claro de Cartagena—al enfrente, había un nido; nosotros estábamos con Pepín en el grupo B. Pepín nos dijo una manera sencilla de cojer el nido; nos pusimos sobre otros para trepar; por, por, que el nido, estaba, alto...; yo me puse primero; subí este, después este y luego ese. Pepín subió y cuando nos faltaba poco para llegar, se asomaron los vecinos de aquella casa—Manolito, yo, á señalar otra vez el patio, y unos balcones. Todos empezaron á chillar á Pepín; Pepín empezó á insultarlos á voces... nos dió miedo y á pesar de las voces de Pepín, nos fuimos.

Pepín se estremaría? pregunté inquieto. No, interrumpe juiciosamente Ricardo; se agarró en aquel palo, dice señalando un palo seco, olvidado en el desmonte...

Pero entonces, he vuelto á preguntar: ¿Pepín se llevó el nido? Domingo ha dicho: tenía un sólo pájaro y lo quemó en el farol de Gas; ese farol *gande, gande* que habrá V. visto entrar...

Por eso, dice pesoso Ricardo, nos han separado; y luego, miseriosamente, silenciosamente, me dice: "Él está ahí. ¿Quién, hijo mío? Pepín, y me señala la puerta del grupo B; yo me imagino todas las travesuras de Pepín con los Púrvulos..."

Yo me he despedido de los niños. Yo les he ofrecido el pedo de don Enrique; pero, ¿no lo habéis más? he dicho; cinco vocetas han dicho que no; creo haber contado escrupulosamente las vocetas.

Salgo; al salir como al grupo B; detrás de mí viene Ricardo; al llegar, mi pequeño, mi joven amigo; me señala á Pepín. Pepín chupa desesporadamente un trozo de RECALIZ y nos mira desdeñoso. Ricardo me dice muy bajito: ese RECALIZ se lo dió aquel, isidor, el chico del Droguero; y añade con admiración profunda: es muy rico, todos los días trae una barra así, y señala con sus pequeñas manos un trozo *gande, muy gande*, como diría Domingúin.

Al salir me encuentro á D. Enrique que entrega una carta á un portero, que gorra en mano, espera; este portero lleva unos plateados casillos en su viejo uniforme.

Estrecho el brazo de Enrique cuando hablamos de política? Yo me he treído en el deber de hacer una franca lapidaria, solemne. D. Enrique, me dijo: Del pasado he hablado con los niños, del presente se tanto como Vd. y del porvenir, ni Vd. ni yo sabemos nada... D. Enrique ha sonreído; ha seguido mis pasos hasta la puerta; yo he vuelto á saludarle y cuando tengo en alto mi sombrero, pienso que saludo á un hombre honrado, á un hombre sincero, á un hombre sano... He doblado la esquina.

M. N. P.

### ¿Crisis en Persia?

Corren rumores de que, ante lo anormal de las circunstancias, ha dimitido el Gobierno de Persia temiendo no poder evitar, á pesar de sus buenos deseos, la guerra con Rusia.

Los telegramas recibidos de Londres afirman que la noticia relativa á la dimisión del Gobierno persa, no se ha confirmado por conducto autorizado.

### LOS SUCCESOS DE CARTAGENA

Con este sugestivo, al par que ligeramente inquietante epígrafe, y con todo el cirrismo, desamparación y desenfado, producto de la confusión lastimosa de los conceptos de *inmortalidad é impunidad*, nos dá á conocer la "Tierra" de hoy el programa de la función que en los teatros de su agónica impotencia y como suprema tabla de salvación, está fabricando por representar "pobres ilustres" la compañía bíblica-visita.

Función que su vergonzante autor y engañados intérpretes califican de altamente dramática; de intensamente trágica, y que á la postre bien pudiera reducirse todo ello á un simple y modestísimo homenaje, tributado á la memoria del insigne Arderius.

A juzgar por lo que ellos mismos nos cuentan, los ensayos de la obra están muy adelantados, y se autor á punto de levantar el teatro que opuso, no para que la función no se represen-

á preguntas, Zara con persistente afán.

—Y tanto que lo estoy,—contestó el veterano amostazado;—como lo está Pero Meléndez y Juan Sánchez mi primo; que podrán abonarme si necesario fuere. ¿Pero, á qué viene tal pregunta?—Concluyó el mayordomo con mal disimulada indignación al ver que se dudaba de él.

—¡Infortunado Don Lulú!—exclamó la esclava con profundísimo pesar. Y guardando un momento de silencio, agitado y pensoso, continuó: Por Dios, que nunca sepa, Don Lulú, que nació tras de su hermano. Quien le dijera, este depararía su alma; sembraría en ella claramente, la maldita semilla del desamor hacia su propia sangre.

—¿Qué decía?—le replicó Meroñ o balbuciente.

—¿Qué palabras son esas? ¿Estás loco? prosiguió.

—Escuchad,—dijo Zara.—Lo que voy á deciros lo sé por la familia de Segado. Hubo un pleito en la misma por un suceso igual al que al presente nos ocupa. ¿Sabéis á quien correspondió, de aquellos dos gemelos, el mayordomo de la casa por sentencia del juez que confirmó la Real Chancillería?

CAPITULO VI.

*De como un joven negro, portador de una carta para Zara, causó en el alma de ésta una gran repulsión hacia Nardéz, y de la escena que medió entre la susodicha joven y el caballero santiagués Don Luis de Blenvengud.*

Don Luis de Blenvengud seguía muy grave en su agudísima dolencia.

Zara y Brianda se dedicaron á asistírle, y al justicia hemos de hacerles debemos declarar, que tan solo una madre con su paciencia insagotable y su amor infantil, podía luchar con ellas en caritosa abnegación. Y era porque Brianda y Zara, aquella

A poco el mayordomo y Zara, y Pepín, misma Brianda, á quien la caridad cecó del lecho, auxiliaban solícitos al moribundo caballero.